

DOMINGO IV DE PASCUA

CICLO A

2ª Lectura (1 P. 2, 20-25)



“Habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas”

«Queridos hermanos: Si obrando el bien soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.» (1 P. 2, 20-25).

“Si obrando el bien soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios”: Los esclavos, que no tenían posibilidad de defensa ante los castigos de sus dueños, se tomaban venganza de ellos soportando cínicamente los castigos inferidos, como burlándose de sus señores al no manifestar reacción alguna ante la ofensa inferida.

S. Pedro te indica que la verdadera gloria delante de Dios no es el cinismo del esclavo, sino el padecer injustamente por Cristo Jesús, que quiso padecer injustamente por ti, y *“soportarlo”* con paciencia.

El secreto para agradar a Dios no está tanto en hacer, cuanto en padecer; pues en el hacer hay mucho de amor propio, pero en el padecer con amor, se ama desinteresadamente y de verdad a Dios. No tiene por qué agradarle a Dios lo que a ti más te agrada, eres tú quien debe agradarse en lo que a Dios le agrada: la cruz. ¿Y por qué la cruz? –Porque la cruz te purifica y genera en ti amor puro.

“Pues para esto habéis sido llamados”: Para soportar sufrimientos *“habéis sido llamados”*. El dolor, aceptado por amor a Dios, es el carnet que acredita la pertenencia al Reino del dolor transeúnte en el tiempo, pero también al Reino de la gloria imperecedera en la eternidad:

«El Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de breves sufrimientos, os restablecerá, afianzará, robustecerá y os consolidará.» (1 P. 5, 10).

La imitación de Cristo Jesús no es sólo en el Tabor, sino también en el Calvario, cosa para la que *“has sido llamado”*. Dios te llama al sufrimiento temporal, no al eterno; pero, para conseguir el gozo eterno, debes pasar antes por el sufrimiento temporal.

“Ya que también Cristo padeció su pasión por vosotros”: La llamada tiene un término *“a quo”* (de partida) y un término *“ad quem”* (de llegada): del *dolor* a la *gloria eterna*. Pero ten siempre presente que para llegar a la *gloria* tienes que pasar antes por la *cruz*.

No dice S. Pedro que Cristo Jesús padeció siendo inocente, aunque lo supone, sino que padeció siendo tú culpable: *“por vosotros”*:

«Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos.» (1 P. 3, 18).

Es como si Jesús se hubiera hecho culpable ante el Padre a causa de tus pecados.

“Dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas”: Jesús te dejó ejemplo para que soportes los dolores injustos. No cabe, pues, quejarte de las tribulaciones que recibes de tus hermanos. Eso no sería justo:

«*Tomad sobre vosotros mi yugo, y **aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.***» (Mt. 11, 29).

«*Por vuestra parte, os hicisteis **imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones.***» (1 Tes. 1, 6).

«*Tened entre vosotros **los mismos sentimientos que Cristo.***» (Filp. 2, 5).

El seguimiento de Cristo Jesús sin cruz no es un seguimiento de “*sus huellas*”, sino un extravío hacia la perdición.

“Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca”: La inocencia de Jesús pone contraste con el sufrimiento injusto que le has dado con tus pecados.

«*¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?*» (Jn. 8, 46).

«*A quien **no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.***» (2 Cor. 5, 21).

«*Él se manifestó para quitar los pecados y **en él no hay pecado.***» (1 Jn. 3, 5).

«***Cordero sin tacha y sin mancha, Cristo.***» (1 P. 1, 19).

Si el *inocente* sufre injustamente, ¿no habrían de sufrir también los *culpables*? Para éstos no hay dolor injusto, es dolor merecido.

«*Eran **nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba.***» (Is. 53, 4).

«***No hizo atropello ni hubo engaño en su boca.***» (Is. 53, 9).

“Cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas”: El oficio temporal de Jesús era padecer y amar. Por

eso sufre, calla y no amenaza al juez que le condena justamente, porque los pecados de la humanidad reclaman justamente la Víctima divina.

Si Jesús hubiera respondido con insultos en su pasión, la reparación de la deuda de la humanidad hubiera sido saldada insultando. En Cristo Jesús se detiene el insulto de la humanidad contra Dios desde Adán.

“Al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente”:
¿Pero no fue una solemne injusticia la condena de Cristo Jesús? –Sí, y no. Sí fue una injusticia, porque siendo inocente lo tuvieron por culpable, y no fue injusta, porque, asumiendo Jesús los pecados de la humanidad, se hace justamente reo de condena.

«Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.» (Is. 53, 7).

“Cargado con nuestros pecados subió al leño”: Los pecados de la humanidad son la razón que explica la subida de Cristo Jesús a la cruz para satisfacer ante el Padre por tus pecados y los del mundo entero:

«Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito todo el que está colgado de un madero.» (Gál. 3, 13).

«Imponiendo ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo hará confesión sobre él de todas las iniquidades de los israelitas y de todas las rebeldías en todos los pecados de ellos y cargándolas sobre la cabeza del macho cabrío, lo enviará al desierto por medio de un hombre dispuesto para ello. Así el macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos.» (Lev. 16, 21-22).

«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.» (Jn. 1, 29).

«Cristo murió por nuestros pecados.» (1 Cor. 5, 21).

«Nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados.» (Ap. 1, 5).

El peso insostenible de tus pecados, y los del mundo entero, era demasiado pesado como para llevarlo para siempre sobre sí. Así que Jesús subió tus pecados al madero de la cruz y allí los mató, y luego los enterró,

pero tus pecados no resucitaron con la resurrección de Cristo Jesús. Y así, ahora, tú ya no tienes obstáculo para resucitar en el último día, pues tu obstáculo ha sido removido por el Señor.

“Para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia”: Has muerto al pecado en la cruz de Cristo Jesús. La cruz de Jesús elimina tus pecados para siempre. Luego, ya puedes vivir para siempre, con una vida limpia de todo pecado: *“vives para la justicia”*.

Parece que S. Pedro está haciendo una alusión al bautismo: *“muertos”* por la inmersión en el agua del bautismo, pero resucitados a una vida nueva: *“para la justicia”*, al salir del agua del bautismo.

“Sus heridas os han curado”: La cruz de Cristo Jesús limpia las almas *“heridas”* de muchas llagas letales, sana las conciencias llagadas, resucita para la sanidad y la santidad.

Sigue S. Pedro teniendo en mente al profeta Isaías:

«Con sus cardenales hemos sido curados.» (Is. 53, 5).

«UNA PECULIAR CURACIÓN.

¡Insólita y extraña manera de curar! Es el médico quien sufre la operación, y el enfermo es quien obtiene la salud.» (TEODORETO DE CIRO, Comentarios sobre Isaías, 53, 5; SC 315, 152).

“Andabais descarriados como ovejas”: Continúa S. Pedro con el profeta Isaías:

«Todos **nosotros como ovejas erramos**, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.» (Is. 53, 6).

El descarrío de la humanidad de todos los tiempos no tiene otra vía de sanación que la de Cristo Jesús: antes y ahora en su pueblo elegido. Pero su *pueblo elegido* es ahora la Iglesia. La vía que lleva el mundo es una vía descarriada: *“andabais descarriados”*. ¿Aceptaré el mundo, dañado y torpe, la sabiduría sabia, que sólo hallará en la Iglesia de Cristo Jesús?

“Pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas”: La idea de Dios como pastor transita toda la Sagrada Escritura mediante la predicación de la ley, los profetas y la Iglesia del Señor:

«Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen **pastor**, y se puso a enseñarles muchas cosas.» (Mc. 6, 34).

«Heriré al **pastor** y se dispersarán las ovejas.» (Mc. 14, 27).

«Yo soy el buen **pastor**. El buen pastor da su vida por las ovejas.» (Jn. 10, 11).

«Yo soy el buen **pastor**; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí.» (Jn. 10, 14).

«El Dios de la paz que suscitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran **Pastor** de las ovejas en virtud de la sangre de una Alianza eterna.» (Hebr. 13, 20).

La idea de Dios como “guardián” (*ἐπίσκοπον*) es más complicada de comprender. Los dos términos de “*pastor*” y “*guardián*” aparecen a veces unidos en un mismo contexto, como si el término “*guardián*” fuera una función fundamental del “*pastor*”. No sería, por tanto, un título añadido, sino una explicitación del título “*pastor*”:

«Porque así dice el Señor Yahveh: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como **un pastor vela** por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas.» (Ez. 34, 11-12).

«Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como **vigilantes para pastorear** la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo.» (Hech. 20, 28).

«**Apacentad** la grey de Dios que os está encomendada, **vigilando**.» (1 P. 5, 2).

3ª Lectura (Jn. 10, 1-10)



“Yo soy la puerta de las ovejas”

«En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: –Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: –Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí, se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.» (Jn. 10, 1-10).

“Dijo Jesús a los fariseos”: Estaba Jesús hablando con los fariseos, como se lee en el capítulo anterior (Jn. 9, 40).

“Os aseguro”: La expresión reviste una forma de juramento semita. Infunde énfasis a todo lo que va a decir a continuación.

“Que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas”: La puerta es el lugar de entrada que pone de manifiesto quién es pastor y quién ladrón. La presencia de Jesús diferencia al pastor del ladrón: el que es pastor se acerca a Jesús, pero el que es ladrón lo evita.

Jesús es la puerta que da acceso al redil, la Iglesia. Jesús es la puerta que da acceso a las ovejas de su rebaño, su Iglesia.

«EL VERDADERO CRISTO.

*Debe bastaros saber que el redil de Cristo es la Iglesia católica. Quien quiera entrar en el redil, entre por la puerta, confiese al verdadero Cristo. Y no sólo confiese al verdadero Cristo, sino que busque la gloria de Cristo y no la suya propia; porque muchos, buscando su gloria, dispersaron las ovejas de Cristo en lugar de reunir las.» (S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de Juan*, 45, 5; CCL 36, 390).*

“Sino que salta por otra parte”: La disimulada y disculpada pseudo-inocencia de quienes distraídamente pretenden acceder a la salvación sin pasar por Jesús y su doctrina, sino que promueven el salto de tapias, es un claro indicio de alma lupina. No encontraréis portero que disculpe a quien por las tapias salte. No encontraréis teólogo serio que disculpe a quien no pasa por la puerta salvadora de Jesús, a quien no entra por su Iglesia: no te alejes de esta puerta y su Portero divino.

Aquí es bueno recordar a la entera humanidad que el principio de moralidad no es otro que la ley eterna, proveniente del mismo Dios, que se ha hecho hombre para la salvación del hombre. Pero la salvación sólo se alcanza con la doctrina de Cristo Jesús, no con la doctrina del mundo, sea judía, mahometana, budista, protestante...

“Ése es ladrón y bandido”: Lo normal es que se den en la misma persona las dos maldades de bandidaje y latrocinio, pero también puede darse en personas diferentes: “*ladrón (κλέπτης)*” sería Judas y “*bandido (ληστής)*” sería Barrabás.

En un plano espiritual, los epítetos que da Jesús a estas almas lupinas (“*ladrón y bandido*”) no deben sustituirse por expresiones como:

- “Teología madura”.
- “Teología moderna”.
- “Teología marxista”.
- “Teología de la liberación”...

“Pero el que entra por la puerta”: Jesús es la puerta. El que por aquí entra, está seguro, a resguardo de lupinas asechanzas. *“El que entra por la puerta”* no inventa teologías, que suelen degenerar en zoología, o en ecología, o en cualquier otra desviación letal, sino que el que entra por la puerta de Cristo Jesús transmite un depósito de doctrina ortodoxa a las generaciones presentes y futuras. Cuanto habla y escribe lo saca con humildad de las arcas de la Iglesia, cuyo depósito debe ser guardado y transmitido con fidelidad y amor. Jesús otorga a estas personas el título de *“Pastor”*:

“Es pastor de las ovejas”: En contraposición de los que son ladrones y bandidos. El pastor se acerca a las ovejas *entrando* por la puerta, el Corazón de Jesús y su amada Esposa, la Iglesia, al paso que el ladrón *salta* (que no entra) por otro corazón, como puede ser el de Moloc, Lutero (protestantes), Buda (budistas), K`ung Fu-Tse (Confucionistas), Joseph Smith (mormones), William Miller (adventistas), Ellen G. White (adventistas), Charles Taze Russell (testigos de jehová)...

El que es pastor lleva una vida normal (*“por la puerta”*), serena, sin extravagancias, sin ruidos y fuegos fatuos. Entra y sale del redil con la alegría del portero (Jesús) y de las ovejas (las almas).

El que no quiere entrar por la vía trazada por Dios, Cristo Jesús, presenta un perfil arrogante, altanero, soberbio, traumático, vulpino, lupino, opositor, beligerante...

“A éste le abre el guarda”: Quien acceda a la salvación por medio de Jesús, se le abren todas las puertas, pero quien no accede a la salvación por medio de Jesús, se encontrará con que se le hace resistencia y las ovejas se alborotan con su luciferina presencia. Ante el guardián (Cristo, el Papa, los obispos, sacerdotes...) las ovejas se tranquilizan, pero se alborotan ante los lobos rapaces, carniceros.

“Y las ovejas atienden a su voz”: Las ovejas están hechas para el pastor, no para los lobos. El lobo tiene que disimular con túnica pellícea

para engañar a las ovejas, pero en cuanto las ovejas oyen la voz del lobo, entonces descubren la bronquedad lupina y huyen.

“Y él va llamando por el nombre a sus ovejas”: Sólo el pastor conoce el nombre (esencia íntima) de sus ovejas, como Adán conocía el nombre de todos los animales que Dios había creado:

*«Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. **El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo.**» (Gén. 3, 19-20).*

Para poner un nombre adecuado es necesario conocer la esencia metafísica del ser en cuestión. Adán la conocía. Jesús la conoce y por ello *“va llamando por el nombre a sus ovejas”*. El ladrón las ignora, las quiere muertas a la Vida.

“Va llamando por el nombre”: Es una preciosa puntada de S. Juan para dar a entender la ternura de Dios para con sus discípulos. Tú tienes un nombre para Dios. Tú no eres tratado como una oveja más, sino que la intimidad entre Jesús y tú es cualificada en extremo, específica.

A la hora de salir del redil, a la oveja le da seguridad la voz de su pastor, pues sabe el peligro que corre con tantos lobos como merodean el rebaño. Por tanto, no seas incauto saliendo sin la compañía del Pastor, de lo contrario recibirás muchas dentelladas letales, pero como vayas al amparo del Buen Pastor, no temas las manadas criminales que te merodean. Tú espera que te llame el Buen Pastor antes de dar tu primer paso.

“Y las saca fuera”: ¿Dónde va una oveja cuando va fuera sin su pastor? ¿Dónde va un cristiano cuando va fuera sin Cristo? ¿Dónde vas tú cuando no vas con Dios? – *“Contra el cielo y contra ti”* (Lc. 15, 19).

Pero Jesús quiere sacarte por la vega del tiempo y tenerte siempre en su compañía. Vete gozoso con Él. No es que comenzarás a estar con Jesús cuando mueras, no; sino que entonces lo contemplarás en visión, igual que ahora lo contemplas por la fe.

“Cuando ha sacado todas las suyas”: Antes *entraba* el pastor, ahora *sale* acompañado de sus ovejas. Esta imagen la toma Jesús del

momento en que Moisés pide a Dios que ponga al frente de su pueblo uno que le sustituya antes de morir. Y Dios le mandó que pusiera a Josué:

«*Habló Moisés a Yahveh y le dijo: “Que Yahveh, Dios de los espíritus de toda carne, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre delante de ellos y que los haga salir y entrar, para que no quede la comunidad de Yahveh como rebaño sin pastor.”*» (Núm. 27, 15-17).

“**Camina delante de ellas**”: Para indicarles el camino a las ovejas y para hacer frente al enemigo. Camina como un escudo protector parando los dardos enemigos. La impronta del itinerario la marca el pastor, no las ovejas, las ovejas van detrás.

Si alguna oveja altiva se erige en pastor a espaldas de Cristo Jesús, entonces enruta sus pasos a las fauces del lobo carnicero, donde parece con todos sus seguidores.

“**Y las ovejas lo siguen**”: Es una alusión clara al ciego de nacimiento que ha roto con los judíos y su sinagoga, y ahora sigue a Jesús y su Iglesia. Es una condenación del judaísmo apóstata. El judaísmo no puede dirigir ovejas. No lo seguirá ni una oveja, sólo le siguen los lobos: Judas y otros malditos.

“**Porque conocen su voz**”: No se trata sólo de una mera distinción de sonidos, que ciertamente saben distinguir las ovejas. La voz de su pastor despierta en las ovejas el amor que le tienen y se ponen en marcha llenas de gozo y paz.

La causal del seguimiento (“*porque*”) expresa la sintonía ontológica de naturaleza que hay entre Jesús y sus seguidores; “*conocen su voz*”.

“**A un extraño**”: Es una nueva denominación de los epítetos “*ladrón*” y “*bandido*” del verso primero. Éstos “*extraños*” son ajenos a Dios y a su Iglesia, así como son también ajenos a las ovejas del Buen Pastor.

“**No lo seguirán**”: El “*extraño*” no es acompañado por ovejas del rebaño de Cristo Jesús, sino por lobos rapaces. Los seguidores de

fundadores de sectas no son ovejas, sino “*extraños*”, es decir, ladrones, salteadores y bandidos.

Una de las tareas que Jesús te encomienda es la de transformar lobos rapaces en mansos corderillos. Como te puedes imaginar la tarea reviste su dificultad, pero para Dios nada hay imposible:

«*Ninguna cosa es imposible para Dios.*» (Lc. 1, 37; cf. 18, 27).

«*Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible.*» (Mt. 19, 26; cf. Mc. 10, 27).

«*Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Desplázate de aquí allá”, y se desplazará, y nada os será imposible.*» (Mt. 17, 20).

“**Sino que huirán de él**”: No sólo no siguen las ovejas al “*extraño*”, quedándose tan tranquilas donde están, sino que “*huirán*”. No es que se van a otra parte sin más, sino que “*huirán*”. Se supone que la marcha de las ovejas es aparatosa, precipitada, rápida, sigilosa, subrepticia, y se esconderán de la vista del “*extraño*”, como quien huye.

“**Porque no conocen la voz de los extraños**”: La causal de la huida (“*porque*”) expresa la ausencia de sintonía ontológica de naturaleza entre las ovejas y los extraños: los lobos.

“**Jesús les puso esta comparación**”: Jesús acomoda su doctrina al auditorio de tal suerte que los bien dispuestos, en lo poco o mucho que puedan comprender, lo sigan; pero los mal dispuestos no comprenderán nada, pues les falta la luz que les permitiría ver.

“**Pero ellos no entendieron de qué les hablaba**”: Los fariseos, designados en el verso 40 del capítulo anterior, no reconocieron la voz del Pastor Eterno y Guardián de nuestras almas (cf. 2 P. 2, 25), porque no eran de sus ovejas, sino lobos rapaces. Y por esta razón reaccionaron los fariseos enseñando los colmillos lupinos un poco más adelante, en los versos 19-21:

«*Se produjo otra vez una disensión entre los judíos por estas palabras. Muchos de ellos decían: “Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?” Pero otros decían: “Esas palabras no son de un*

endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos? »
(Jn. 10, 19-21).

“*No entendieron de qué les hablaba*”: No pueden interpretar los “*extraños*” la voz del pastor, pues son lobos. Los “*extraños*” tendrán sintonía con otros lobos (Anás, Caifás, Judas, Herodes, Pilato...) con los que se entienden para formar la manada criminal.

Y si los “*extraños*” no entienden, ¿cómo es que se han erigido en maestros? ¿Acaso puede un ignorante ser doctor en algo? ¿Qué pretensión es la suya? –Morder, matar, robar, hacer estragos...

La lejanía de Cristo Jesús atonta: “*no entendieron*”.

“*Por eso añadió Jesús: –Os aseguro que yo soy la puerta*”: Es una especie de juramento para confirmar infaliblemente la doctrina de que Jesús es la “*puerta*”: la entrada en el Reino, en la Iglesia; el acceso al Evangelio, al Padre y al Espíritu Santo.

“*De las ovejas*”: La puerta es para la entrada y salida franca de las ovejas, no es para los lobos, aunque lleven piel de cordero (cf. Mt. 7, 15). De aquí la resistencia que hace Dios a los soberbios que se quieren erigir en maestros de mentira:

«*Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.*» (Sant. 4, 6).

“*Todos los que han venido antes de mí*”: Se refiere aquí S. Juan a los maestros del judaísmo que han rechazado la puerta, Cristo Jesús. Pretenden salvar al hombre y su historia mediante la ley, en la que se cobijan como un medio lucrativo de subsistencia, y también como medio de someter al hombre a su liderazgo tiránico, pero para nada aceptarán la salvación por medio de Cristo Jesús.

“*Son ladrones y bandidos*”: Jesús desenmascara la aparente piedad judía. Los maestros de Israel se han convertido en “*ladrones y bandidos*”. Por esta razón Jesús sacó a latigazos del profanado templo de Jerusalén toda lucrativa pretensión sanedrítica, convertida en bandidaje legal.

No quiere decir Jesús que “*todos*” los pastores de la antigüedad eran falsos. No lo eran Abraham, Moisés, Isaías, Jeremías..., sino que sólo eran falsos “*todos*” los que rechazaron la puerta.

“*Pero las ovejas no los escucharon*”: Las ovejas de Jesús (aquí el ciego de nacimiento curado por Jesús, y mencionado en el capítulo anterior) escapan de los judíos, porque no reconocen en ellos a los pastores. Su fino oído les permite distinguir el *aullido* lupino del *silbo* amoroso. Con estas acciones de Cristo Jesús avanza el éxodo del nuevo pueblo de Dios huyendo del nuevo Egipto, el nacionalismo judío. Y así como Egipto expulsó al pueblo de Israel tras la matanza de los primogénitos, así ahora el judaísmo expulsa de sus filas al nuevo pueblo de Dios que se aglutina en torno al nuevo Moisés, Cristo Jesús.

“*Yo soy la puerta*”: Resulta llamativa una nueva repetición del epíteto “*puerta*”. Parece que Jesús quiere hacer una solemne advertencia a los fariseos y a todos los dirigentes religiosos del pueblo judío en general para que no se radicalicen en su maldad, se conviertan, acepten la Persona de Jesús y se salven.

El antiguo pueblo de Dios entró por las aguas del Mar Rojo para alcanzar la libertad de los hijos de Dios, pero ahora el nuevo pueblo de Dios entra por la “*puerta*” salvadora para toda la eternidad, Cristo Jesús.

“*Quien entre por mí, se salvará*”: El pastor que entra por la puerta de Jesús estará a salvo de todo peligro, pero el que no entre por esta puerta, se condenará. No hay salvación fuera de la Iglesia de Jesús.

“*Y podrá entrar y salir*”: Alcanzará la libertad de los hijos de Dios. Quien entra por Jesús alcanza la salvación contra todos los rapaces, consigue la libertad de los hijos de Dios.

“*Y encontrará pastos*”: Encontrará el alimento fresco y abundante: el Evangelio y la Eucaristía. No morirá de hambre. El aburrimiento que experimentan los mundanos y las sectas en el fondo de su corazón, que no pueden sofocar con el alboroto que arman en todas partes, es un buen exponente de su vacío interno, de su inanición y de su eterna condenación.

“*El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago*”: El que no entra por Jesús pone de manifiesto su dañada y dañina voluntad:

¡huye tú de él! ¡Vales mucho, “pequeño rebañito”! (Lc. 12, 32): ¡Huye, no te arriesgues!

“Yo he venido para que tengan vida”: En contraposición de los que vienen saltando por las tapias para robar, matar y hacer estragos. La expresión es una preparación para la parábola del Buen Pastor, que S. Juan pone a continuación.

“Y la tengan abundante”: Lejos de convertirse en alimento muerto de lobos, poseerán las ovejas abundancia de pastos vivificantes.